

Sinnigen no parece pretender todavía una perspectiva completa, acabada y totalizadora de la recepción galdosiana en México. Confiesa que, «seguramente quedan muchos artículos por recoger», pero ha querido ofrecer una selección significativa de reproducciones accesibles al gran público, referencias de periodistas anónimos y lecturas de destacados escritores. Todo ello abre un camino extraordinariamente interesante en los estudios galdosianos. La proyección del autor canario en Cuba, en Argentina o en otros países de Hispanoamérica se ilumina como opción para el estudioso y como atractivo enigma a desvelar. Los procesos interculturales relativos a esa proyección, su rendimiento y sus formas, vendrían a determinar una de las dimensiones del novelista y a dibujar con mayor nitidez manejos intertextuales en la narrativa decimonónica hispánica.

Universidad Autónoma de Madrid

CARMEN SERVÉN

CREACIÓN

Lorenzo Silva, *Carta blanca*. Madrid: Espasa Calpe, 2004. 346 pp.

El apogeo comercial que la novela histórica viene disfrutando dentro de la cultura española de las últimas tres décadas es, sin duda, uno de los rasgos más distintivos de nuestro panorama literario actual. En consonancia con esta tendencia, el «reencuentro» con la historia ha sido uno de los puntales que ha facilitado el éxito a un amplio elenco de novelistas. Arturo Pérez Reverte, Antonio Gala, Juan Eslava Galán y, el aquí reseñado, Lorenzo Silva, entre otros, son polígrafos de demostrada elasticidad creativa y prosa inteligente. Mas el atractivo de sus relatos recae, en gran medida, en su capacidad para combinar el rigor historicista y la pericia narrativa con el escapismo cronológico y el estímulo visceral.

Modelo de esta heterogénea combinación de elementos diegéticos es *Carta blanca*, decimonoveno libro del escritor madrileño, que consiguió el VIII Premio Primavera de Novela. En la primera parte del relato, Silva retoma el marco ambiental de la guerra de Marruecos, ya explorado en *El nombre de los nuestros* (2001), ahora a partir de las operaciones de recuperación de las plazas españolas, efectuadas en las primeras semanas de otoño de 1921. Pero en esta ocasión el eje argumental no se ciñe a un protagonista colectivo, sino que sigue la trayectoria de un personaje hermético y complejo, de un antihéroe marcado por las decisiones tomadas y las frustraciones del pasado. De hecho, la trama se concentra en tres momentos definitorios de su vida repartidos entre el citado episodio marroquí, el reencuentro en Valencia con su antigua pareja durante la primavera de 1932 y el

alzamiento militar del 36, que lo sorprende residiendo en Extremadura.

Los capítulos iniciales destacan por su intensidad dramática y transparencia descriptiva, son de los que acaparan la atención del lector imbuyéndole a no soltar el libro. Alistado en la Legión española a cuenta de un desengaño sentimental, Juan Faura, y el pelotón al que pertenece toman parte en una incursión nocturna con el propósito de vengar a las víctimas de la masacre rifeña. Aquella resulta en una agresión desenfundada contra una familia berebere, que sufre la violación de varias de sus integrantes, entre ellas una niña de catorce años, y la castración del padre. Cuando el sargento Bermejo, jefe de la expedición, ordena a sus hombres a liquidar a los civiles, el cabo Kempler se opone a agravar más la situación y dispara al aire para alertar a los vecinos. Tal acción obliga al contingente a una huida acelerada en plena noche africana. Objeto de una emboscada en el trayecto de vuelta al campamento legionario, todos los partícipes del crimen, salvo el protagonista, sucumben, uno por uno, frente a los francotiradores musulmanes. Traumatizado por la muerte de sus compañeros, por su propia intervención en el asalto al aduar y por su supervivencia en el percance, Faura intenta hacer frente a su estado psicológico.

Silva escribe a contrapunto del discurso heroico legionario con afán deconstructivo. Los soldados que ocupan las páginas del relato no son los héroes concebidos en el imaginario de la mitografía popular. La mayoría son personajes de cuestionable fibra moral, lo peor de cada casa. Otros son seres barajados por el destino, que inclusive son capaces de soplos de compasión, como demuestra la reacción de Kempler. Por otra parte, el talante circunspecto de Faura encaja perfectamente con el prototipo del legionario desengañado de la vida y de antecedentes enigmáticos. Tal vez el autor se haya excedido un tanto en su intención de rebajar a los hombres de Millán Astray a una partida de indeseables, mas lo que pretende es subrayar la comunión de dicho cuerpo y, sobre todo, de su mentalidad colectiva, con las ideas del Movimiento para establecer una trayectoria lineal entre ellos.

La segunda parte del libro es la más intimista y sirve de interludio idílico, sino sosegado, al protagonismo bélico de las otras dos secciones. En ella se nos revelan los motivos detrás del fracaso amoroso de Faura y se apuntalan las claves de su evolución psicológica. De vuelta a Valencia con motivo de la muerte de su madre, el protagonista vuelve a ver a Blanca, la ex novia que lo había dejado para casarse con otro. El desenlace final de la relación, representado en una escena de suculento erotismo, descompone la imagen del amor idealizado que el protagonista se había figurado. Con ello cierra una etapa de su vida y el lector percibe que Faura inicia el proceso de recuperación de sus lesiones emocionales.

Solidario con la República, más por denuedo hacia lo que representa el ejército insurrecto que por verdadera convicción ideológico-política, en la tercera sección del libro, ambientada cuatro años más tarde del incidente valenciano, Faura completa su círculo vital enfrentándose a sus compañeros legionarios de antaño y a los Regulares marroquíes en las mal improvisadas fortificaciones de Badajoz. Su sacrificio final, dramatizado en una escena de matizada anagnórisis, consigue consolidar la simpatía del lector hacia el protagonista. Todo el episodio denota un acento crepuscular que lamenta el fin de la República y vaticina los años de la posguerra.

A ratos, *Carta blanca* es un relato espeluznante, delator de la bestialidad a la que es capaz de rebajarse el ser humano. En otros momentos, exhibe una sensibilidad delicada y melancólica, que nos invita a evocar escenas de nuestro pasado y a recordar a seres queridos ya desaparecidos. Es, ante todo, una historia sobre la paradójica fragilidad y adaptabilidad del alma humana y sobre la naturaleza errátil de las múltiples fuerzas dinámicas que construyen el destino vital.

Silva ostenta la misma postura reivindicatoria respecto de la imagen del pueblo marroquí, que se detecta en otras de sus obras localizadas en el Magreb y que, además, ha expuesto públicamente en conferencias y coloquios. Las falsas premisas que sustentan el complejo de superioridad de occidente y la ilegitimidad de la intrusión española en el Protectorado quedan sobradamente expuestas en los diálogos de varios personajes de la novela. No obstante, el ímpetu por desarmar los estereotipos no es del todo convincente. Hay, por ejemplo, una leve caricaturización de la figura de Balaguer, mulato cubano cuya identidad queda comprimida en una sensualidad desbordada e ingenuidad torpe. Así su respuesta ante las increpaciones de otro legionario que le sorprende masturbándose instancias después de violar a una niña berebere, «Es que en el Caribe jodemos como respiramos, hermano» (100).

No obstante, es una narración polifacética, donde conviven el suspenso, lo onírico, lo legendario, lo erótico y lo escabroso. Silva expone los artificios del escritor maduro, cuya consigna es no escamotear al lector a la hora de ofrecer una trama penetrante y sugestiva. Vuelca sobre el lector sus amplios conocimientos sobre el marco espacial y la época. Como ya es habitual en sus libros, el autor se ha documentado meticulosamente sobre el momento histórico consultando una amplia bibliografía, que incorpora en la sección de «Agradecimientos.»

La consigna que da título a la novela representa un leitmotiv que sirve de hilo simbólico al relato. Cada sección contiene un episodio donde se promulga la locución. Se concede «carta blanca» para agredir, para amar y, finalmente, para morir. A la postre, y pese a su rechazo del ideario legionario, el protagonista logra redimirse de sus errores de juventud mediante la inmolación. Este final, infunde una

imagen positiva del protagonista en el lector y otorga una dosis de justicia poética al relato.

En definitiva, un libro que aporta solidez y densidad a la representación literaria de la época, al tiempo que consigue hacernos palpar la brutalidad desnuda de la guerra. Su prosa resuelta y vibrante nos arrastra desde las primeras páginas hacia un final que, pese a ser un tanto predecible, culmina impregnado de acción. Es digna sucesora de *El nombre de los nuestros*, logrando establecer una sutil correspondencia ideológica y un diálogo histórico fluido e inteligente con ésta.

The Ohio State University

DIONISIO VISCARRI